

The image shows a first-person view of a person's feet in dark, snow-covered boots. The person is standing on a light-colored, cracked surface that appears to be ice or snow. The cracks are dark and jagged, running across the frame. The overall scene is cold and desolate.

**LOS**  
**CRÍMENES**  
**DEL GLACIAR**  
**CRISTIAN PERFUMO**

El cuerpo de un turista aparece congelado en el glaciar más grande de la Patagonia. Murió sobre el hielo, de un disparo en el vientre, hace treinta años. Pero tú, que te llamas Julián y eres de Barcelona, ignoras que esto te cambia la vida. Para entenderlo, primero deberás saber que tu padre tenía un hermano del que nunca te habló. Después, que ese hermano acaba de morir. Y por último, que en su testamento figuras como único heredero de una misteriosa propiedad en El Chaltén, un idílico pueblo de la Patagonia. Viajarás hasta allí para venderla, pero cometerás el error de hacer demasiadas preguntas. Entonces comprenderás que, treinta años después del crimen, en El Chaltén se esconde alguien dispuesto a borrararte del mapa con tal de que no llegues a la verdad.

*A los que están lejos de casa  
o lo estuvieron alguna vez.*

*«Madre roca, padre cielo,  
tu llanto descansa al pie de los ventisqueros  
y cada estrella se posa en tu cima blanca  
alumbrando el camino de los silencios».*

Hugo Giménez Agüero

## PRÓLOGO

De los ciento ochenta y ocho turistas que hay en el catamarán, más de la mitad no ha visto nunca un glaciar. Por eso, después de cuarenta minutos de navegación entre témpanos por el lago, cuando el barco por fin rodea la península, en la cubierta de proa no cabe un alfiler. Hay chinos, alemanes, franceses, brasileños, españoles, argentinos y un largo etcétera. La mayoría, con los teléfonos en alto. Otros, con cámaras de las que sobresalen grandes lentes. Intentan en vano captar en una imagen los mil kilómetros cuadrados de hielo hacia los que navegan.

Nuestro turista, el que nos importa, es italiano. Él también está en la proa, aunque es uno de los pocos que no saca fotos.

Los megáfonos, instalados en las cubiertas y en el interior de la embarcación, amplifican la voz de una guía turística que habla primero en castellano y después repite en inglés y en francés. Nuestro italiano entiende el castellano.

—El glaciar Viedma es el más grande del Parque Nacional y el segundo de Sudamérica. Tiene cinco veces el tamaño de la ciudad de Buenos Aires. Aunque parezca que estamos cerca, todavía nos faltan tres kilómetros para llegar a su pared frontal.

La descripción de la guía continúa, pero los pasajeros no le prestan atención. Es imposible atender a otra cosa que no sea esa lengua de hielo de proporciones inabarcables que baja entre las montañas negras.

Entre el glaciar y la embarcación se interpone un iceberg más grande que cualquiera de los otros con los que se han cruzado desde que empezaron a navegar. El capitán no parece querer esquivarlo. Conforme se acercan, los motores se ralentizan hasta que el catamarán queda flotando muy cerca del hielo. El italiano calcula que, si se esforzara, podría tirar una piedra y darle.

—Es cierto lo que se dice de los témpanos —suenan en los megáfonos—. Lo que vemos sobre la superficie es solo el diez por ciento.

El italiano imagina la magnitud del hielo que no puede ver. La parte que aflora tiene el tamaño de una catedral y hace que el catamarán —con tres pisos, cuatro cubiertas y doscientas personas a bordo— parezca pequeño.

Un hombre y una mujer con chalecos marrones y cámaras profesionales se abren paso entre la multitud hacia las dos puntas de la proa, donde están las mejores vistas del témpano. Son fotógrafos oficiales del Parque Nacional Los Glaciares. Se dedican a retratar a los turistas con el hielo detrás para luego venderles las imágenes. Durante los cuarenta minutos de navegación hasta allí, advirtieron a los pasajeros que el hielo refleja mucho la luz, haciendo difícil obtener buenas fotos con un teléfono. Si la persona que posa sale bien, atrás solo se ve un gran resplandor blanco. En cambio, si el hielo sale bien, quien está delante se convierte en una silueta negra.

La mitad de los turistas en la cubierta deciden hacer cola para los fotógrafos. El resto sigue intentándolo con sus teléfonos. Son muy pocos los que miran el hielo directamente con los ojos y no a través de una pantalla o el visor de una cámara. Nuestro italiano es uno de ellos.

Detiene la mirada en las gotas que chorrean de los salientes, en el azul oscuro de las oquedades, en las vetas de sedimento negro, que le recuerdan al mármol. Si quiere ampliar algún detalle, se vale de los binoculares que le cuelgan del cuello. Aquel témpano del tamaño de diez ca-

tedrales –nueve de ellas, sumergidas– es lo más hermoso que ha visto en su vida. Y eso, para alguien que se ha criado a ochocientos metros del *Duomo* de Florencia, es mucho decir.

Los motores vuelven a acelerarse y el barco se pone en marcha, alejándose poco a poco del iceberg. Algunos turistas lo siguen como polillas a la luz, pasando de la cubierta de proa a la de popa para captar las últimas imágenes. Cuando el témpano ya queda demasiado lejos, muchos vuelven al interior para calentarse un poco. Algunos piden café en el bar. Otros miran en sus dispositivos las imágenes que acaban de capturar. Los fotógrafos conectan sus cámaras a unas impresoras ubicadas en medio de la sala principal.

–El témpano que acabamos de dejar atrás se separó hace dos días de la cara del glaciar –dice la guía–. En veinte minutos estaremos frente a ella y, si tenemos suerte, quizás podamos presenciar algún desprendimiento.

El anuncio envía a los más motivados de nuevo a la cubierta de proa para asegurarse un lugar privilegiado. El italiano es uno de ellos.

Un rato después, el barco por fin se detiene frente a la cara del Viedma: un acantilado de hielo de cincuenta metros de alto y dos kilómetros de ancho. Si los millones de toneladas de nieve compactada que empujan hacia el lago fueran un ejército, esa pared sería la caballería. Y si nuestro turista tuviera que describir lo pequeño y sobrecogido que se siente frente a ella, no encontraría la forma, ni siquiera ayudándose de los mil ademanes itálicos que lleva en el ADN.

El barco ahora está a menos de doscientos metros de la pared blanca y azul. La gente, abarrotada en las cubiertas, permanece en silencio. Él se resiste a fotografiar lo que tiene delante. Las imágenes no le harán justicia ni captarán que el hielo cruje glaciar adentro, partiéndose con tanta intensidad que suena como disparos de cañón.

Llevan un buen rato flotando en el mismo sitio cuando el italiano oye un sonido nuevo, diferente a los otros. Este es fuerte y seco, como cuando una bola de billar golpea contra otra. Por el rabillo del ojo, detecta movimiento en la pared congelada. Es un pedazo de hielo que cae desde arriba y choca con otro antes de llegar al agua. En comparación con la cara del Viedma, el trozo es diminuto. En la realidad, tiene el tamaño de un coche.

La guía habla para todos.

—No dejen de mirar porque es común que a un pequeño desprendimiento le siga...

La interrumpe un rugido ensordecedor. Frente a ellos se desploma una columna del tamaño de un edificio de doce plantas. Es tan grande que parece caer a cámara lenta. Un *ohhh* colectivo recorre la cubierta mientras el lago se traga el hielo. El italiano siente adrenalina, como si estuviera en una montaña rusa. Se lleva las manos a la cabeza. No puede creer que esté teniendo el privilegio de presenciar tanta belleza.

Unos segundos después, el trozo caído emerge convertido en dos grandes témpanos y un centenar de otros más pequeños. Una ola recorre el acantilado helado emitiendo un *shhh* que parece que no va a terminar nunca.

Vuelve a fijarse en la pared con la esperanza de ver una nueva ruptura. Entonces repara en el trozo que ha quedado al descubierto tras el desprendimiento. En el hielo hay una línea vertical de un color entre granate y pardo que desentona con la gama de azules.

Se lleva los prismáticos a los ojos. La línea tiene la forma de una estrella fugaz apuntando hacia arriba. Empieza a recorrerla desde abajo, donde el hielo toca el agua. Allí, el rastro ocre es tenue. A medida que va subiendo, se intensifica. En la parte alta, es casi negro, como si un clavo gigante incrustado en el hielo hubiera ido chorreando óxido durante años.

No es fácil enfocar los prismáticos a bordo de un barco que vibra y se mueve. Tarda unos segundos en lograr una imagen nítida y varios más en entender lo que está viendo.

–*Sangue* –susurra en italiano.

Agita las manos para llamar la atención de quienes tiene alrededor y señala el hielo. Vuelve a pronunciar la palabra, esta vez un poco más alto. Algunos turistas se alejan de él como si tuviera la peste. Alguien le pregunta qué le pasa, pero él no puede hacer otra cosa que señalar y repetir la palabra cada vez más alto.

Su voz grave viaja por la cubierta del catamarán. Uno de los fotógrafos se acerca y le pide que se tranquilice.

–La mancha marrón. Es sangre –logra articular en castellano.

El fotógrafo frunce el ceño y apunta con la lente de su cámara al hielo. Diez segundos después, se va hacia el interior del barco abriéndose camino entre los turistas.

El italiano ignora las preguntas de la gente y junta el valor para volver a mirar por los binoculares. En el punto oscuro donde se origina la línea hay un cuerpo en posición fetal. Está vestido con abrigo negro y gorro gris. Le parece ropa de turista, aunque no está seguro. De lo que no tiene dudas es de que está muerto. Por la sangre oscura, vieja, que salió hace mucho tiempo de ese cuerpo, y porque hay diez metros de hielo sólido sobre su cabeza.

Parece un mosquito atrapado en ámbar azul.

# **PARTE I**

## EL CHALTÉN

## Capítulo 1

Me sentía sucio. Era de noche y caminaba por las Ramblas de Barcelona, mi ciudad. A cada paso, me sonreía una prostituta, me ofrecía cocaína un tío sin mirarme a los ojos, o tenía que apartarme para que no me pasara por encima un grupo de ingleses borrachos. Todo esto, siempre con las manos en los bolsillos para desalentar a los carteristas.

De noche, las Ramblas son los nueve círculos del infierno. Pero no me sentía sucio por eso, sino porque veinte metros por delante de mí iba Anna, mi mujer. Bueno, no estábamos casados, pero llevábamos dos años viviendo juntos. Lo importante es que hacía dos meses que me ponía los cuernos y ese día yo estaba ahí para confirmarlo. Eso era lo que me daba náuseas.

Nunca pensé que caeríamos tan bajo. Ella engañándome y yo siguiéndola como a una delincuente.

Me había dicho que esa noche saldría con Rosario, pero yo sabía que no era verdad. Anna nunca fue de salir tan seguido con sus amigas. Y si a eso le sumaba que ya no le apetecía tener sexo –conmigo, al menos– y que hacía dos meses había cambiado su ducha matinal por una justo antes de irse a la cama...

Yo era lo contrario del ciego que no quiere ver. Por más que no quisiera, lo veía clarísimo.

Anna giró para meterse al Barrio Gótico por la calle Ferrán y caminó hasta la plaza Sant Jaume. De allí subió por la calle del Bisbe en dirección a la catedral. Cuando pasó bajo el famoso puente que une la Generalitat con la Casa de los Canonges, me pregunté si recordaría lo que había sucedido allí hacía casi tres años.

Yo sí que lo recordaba. Paseábamos de madrugada por esa calle, y yo me detuve bajo el puente con la excusa de señalar en la mampostería la calavera atravesada por una daga de la que nadie sabe el origen. Ella fingió que el misterio le importaba y se quedó un buen rato mirando hacia arriba. Cuando nuestros ojos volvieron a encontrarse, nos dimos nuestro primer beso.

Si Anna recordaba aquello, no se le notó, porque pasó bajo el arco como si nada. Muy poco antes de llegar a la plaza de la Catedral, giró a la izquierda por un callejón estrecho que lleva a la plaza de Sant Felip Neri, uno de sus sitios favoritos en toda Barcelona.

Yo prefiero otros rincones más alejados del centro y del turismo, pero reconozco que la plaza tiene mucho encanto. Un encanto decadente, con su vieja fuente octogonal en el centro y la fachada de la iglesia llena de agujeros. La leyenda urbana dice que allí fusilaban gente en la Guerra Civil. La realidad, que son impactos de metralla tras varios bombardeos. Y que doce años antes de esos impactos, Gaudí se dirigía a esta misma iglesia cuando lo mató un tranvía. Cuando te crías en una de las ciudades más turísticas del mundo, terminas por aprender este tipo de datos.

Al otro lado de la plaza había un bar de luces bajas y terracita, en plan romántico, con velas en cada mesa y hasta un violinista tocando a un lado. Anna se dirigió hacia allí y, al ver que todas las mesas estaban ocupadas, entró en el bar.

Ahí me resultaba imposible seguirla. El sitio era demasiado pequeño. Lo sabía porque, tiempo atrás, cuando empezábamos a enrollarnos, Anna me llevó a mí a ese mismo lugar. Decidí esperar bajo el arco de piedra de la fachada del gremio de zapateros.

Sé que es feo echarle la culpa de una infidelidad a alguien fuera de la pareja. Sin embargo, yo siempre responsabilicé a Rosario. Si Anna no hubiera conocido en la clase

de zumba a esa viuda prematura, mudada de Argentina a Barcelona tras perder a un marido perfecto, yo no tendría unos cuernos como las torres de la Sagrada Familia.

Me explico: mi mujer siempre tuvo debilidad por los desamparados. Anna es una gran fan de la discriminación positiva. Aunque trata bien a todas las personas, se esmera más si pertenecen a una minoría. Una vez conté la cantidad de veces que le decía gracias al dependiente chino de un bazar y al español de una ferretería. China 4, España 1.

Cuando Rosario –inmigrante y viuda– le contó su historia, Anna la acogió bajo el ala como una mamá pata protege a su patito más débil. La invitó a cenar a casa varias veces y le presentó a nuestros amigos. Una semana antes de fin de año, me preguntó si me importaba que Rosario celebrara con nosotros la Nochevieja. Cuando acepté, dio un saltito de alegría y me dijo que esa noche también vendría Xavi, su hermano, y que quizás él y Rosario harían buenas migas.

Hicieron más migas que una madre manchega. A las dos de la mañana desaparecieron a una de las habitaciones con una excusa bastante floja. Un rato más tarde, Rosario anunció que se iba porque estaba cansada y Xavi dijo que aprovechaba y bajaban juntos hasta el metro. Cuando Anna cerró la puerta después de despedirlos, tenía una sonrisa de oreja a oreja.

Por desgracia, lo de Xavi y Rosario no prosperó más allá de aquella vez. Según me contó Anna, Rosario no quería acercarse demasiado a otra persona. Al parecer, su manera de pasar el luto consistía en quemar la noche en bares de copas y discotecas, como si tuviéramos veinte años.

A mí, hace mucho tiempo que ese rollo de ir de fiesta ya no me va, pero nunca se me pasó por la cabeza decirle a mi mujer que no lo hiciera, y mucho menos si era para levantarle el ánimo a alguien que lo está pasando mal. Pe-

ro una cosa es que yo sea un aburrido y otra muy distinta es que Anna pase de salir de noche a acostarse con otro.

Pensando en todo esto, esperé durante una hora y media en la entrada de la plaza. La tensión me impedía sentir el frío de los últimos coletazos de un invierno que se resistía a retirarse aunque ya fuera entrado marzo. Todavía no sabía cómo iba a reaccionar cuando salieran. Barajé opciones. La que más me atraía era plantarme en silencio frente a Anna para ver qué cara se le quedaba.

El violinista había dejado de tocar hacía rato cuando por fin la vi salir. Y cuando Rosario apareció detrás de ella, me sentí el peor tipo del mundo. Mi mujer no me había mentado. Por primera vez en semanas me planteé que Anna no me engañaba. Que todo era producto de mis inseguridades. Que era un puto paranoico.

Me pegué a la pared. Si me veía, iba a morirme de la vergüenza. Con treinta y cinco tacos, me estaba comportando como un crío. Lo que más quería en ese momento era echar a correr.

La plaza tiene dos salidas. Me asomé para ver si venían hacia la mía o se alejaban en dirección a la otra. Estaban paradas en el centro, junto a la fuente, despidiéndose. Seguramente se iría cada una por su lado.

Rosario le dijo algo a Anna y mi mujer se rio y le dio un beso.

Igual que a Gaudí, a mí también me atropelló un tranvía. O al menos eso sentí al ver que el beso era en la boca. Largo. Con lengua.

Un beso que me dejó más cicatrices que las de la fachada de la iglesia.

## Capítulo 2

La notaría Hernández-Burrull estaba en la plaza Ibiza del barrio de Horta. Para quien no conozca Barcelona, eso es a tomar por saco de mi piso en Sants. Antes de entrar, me quité las gafas de sol y tiré en una papelera el chicle de menta. La resaca me hacía sentir como si dentro de mi cabeza veinte monos sueltos saltaran de rama en rama, gritando y mostrando los dientes.

Dos noches atrás, después de descubrir a Anna con Rosario, no había tenido fuerzas para enfrentarme a ella. Me había ido corriendo de la plaza por las callejuelas del Barrio Gótico hasta que, sin aliento, me metí en un bar y pedí una cerveza. Después otra, y así hasta que el camareero me dijo que tenía que irme porque iban a cerrar. En total habrán sido cuatro o cinco, suficientes para dejarme bien cargado. Soy más de batidos de proteínas y de deporte al aire libre que de alcohol y de bares.

La borrachera monumental me había dado el coraje que necesitaba. Me subí al metro decidido a hablar con Anna, pero me arrepentí –o tuve un momento de lucidez– justo a tiempo y seguí dos paradas más. Pasé la noche en casa de mis padres, que estaban de viaje.

Al día siguiente llamé al cliente cuyo piso estaba pintando para avisarle que no podía ir. Me pasé la mañana durmiendo y la tarde mirando la tele. Sobre las cuatro, encendí el teléfono. Tenía veintidós llamadas perdidas de Anna. La número veintitrés llegó a los cinco minutos. Tuvimos una discusión subida de tono en la que le dije cosas de las que, menos de veinticuatro horas más tarde, ya me había arrepentido cien veces.